

EXPIACIÓN

ATONEMENT

Samuel Castañeda Jaimes

*“Ordena ¡oh Señor! La miserable condición
De mis dominios.*

*Haz que el día trascorra lejos de las sombras amargas que
ahora me agobian”.*

Álvaro Mutis

El ruido que hace la macana del guardia contra los barrotes me despierta de un descanso que no he tenido, de hecho, ya llevo tres noches sin dormir. ¿Cómo hacerlo, después de la visita del *más malo*? Respondo a los golpes del guardia: *qué descaro, aquí no dejan ni dormir en paz*. Todo ello, en el tono amable que da una convivencia de siete meses, tiempo que ha transcurrido de mi condena a veinte años, por homicidio agravado. A estas alturas, se podría decir que ya le he tomado el ritmo a la rutina del penal; desde luego, eso es muy diferente a decir que me he acostumbrado a estar privado de la libertad, ¿quién lo puede hacer? Cuando eso suceda estaré plenamente loco, oficialmente loco, loco en todos mis cabales. No, lo que quiero señalar es que el levantarme a las cinco de la mañana, con el sueño pegado a los ojos, ya no es problema, como tampoco lo es la masa insalubre que hacen pasar aquí por comida o las caminatas a pleno rayo del sol en el patio. Me levanto del catre, miro hacia donde sale el sol y le lanzo al astro rey la plegaria de siempre: *“ordena, oh Señor, la miserable condición de mis dominios. Haz que el día trascorra lejos de las sombras amargas que ahora me agobian”*. Luego, con la parsimonia del que no tiene muchas cosas por hacer, doblo la cobija y sacudo la cama, saco el jabón, con cautela unto el dentífrico sobre las cerdas del cepillo, acomodo la toalla sobre mi hombro izquierdo y salgo, dispuesto a dejar que los malos recuerdos se filtren por la alcantarilla, yéndose al mar como un desecho más. En las duchas, todo transcurre con la misma monotonía mortal, las mismas caras de hombres desesperados, la misma angustia y, pese a todo, ese aire extraño en el que se mezclan la camaradería y la muerte. En la cárcel, cualquiera es tu amigo y cualquiera te puede

matar, lo mismo que afuera, solo que aquí estamos más pendientes de lo segundo. Una vez en la celda, me visto rápidamente y salgo a buscar el café que, a doscientos pesos, vende Óscar, el de la celda veintitrés. Con el café en la mano me dirijo nuevamente a mi celda de 2, 2 metros de fondo, 1, 50 de ancho y 2 de alto, con el objetivo de condensar las impresiones generadas por la visita del *más malo*, desde la cual me ha invadido un insomnio que tiene mis nervios en constante tensión, como si en cualquier momento, y por la cosa más nimia, pudiese perder el hilo prístino de la razón. Saco papel y lápiz, le doy un sorbo al café, enciendo un cigarrillo y exhalo con suavidad, mirando fijamente la hoja en blanco... *recuerdo que hace tres días, el domingo en la tarde, como a la hora de haberse ido la visita, entré a mi celda el más malo. El más malo es un hombre resabiado, inteligente cuya razón fue absorbida por las drogas. Que se esconde bajo el esquelético cuerpo de un muchacho de veinticuatro años, está en el penal juzgado por diecisiete asesinatos, todos ellos comprobados y confesados. Yo me encuentro contra la cabecera de la cama, con las rodillas a la altura de mi pecho y, sobre ellas, una hermosa edición de Pobres Gentes. Él entra sigilosamente, se acomoda en la butaca que tengo cerca de la entrada, comienza a coger libro por libro del pequeño montículo que tengo en la parte baja de la cama a modo de biblioteca y, con entrega meticulosa, se pone a limpiarlos, demorándose un tiempo considerable en cada uno de ellos. Está agitado, suda copiosamente, sus movimientos son rápidos y temerosos, su mirada da prueba de que está drogado. Y, sin más, se suelta a hablar como para sí, con una voz casi imperceptible, de sus ensoñaciones o recuerdos, no lo sé, lo cierto es que hablaba sin dejar de limpiar los libros; es más, puso toda su atención en ello, como queriendo restar importancia a sus palabras... después de que me adapté al tono de su voz, comprendí cabalmente lo que estaba escuchando: el más malo, poseído quién sabe por qué energía, estaba ante mí relatando los pormenores de*

cada uno de sus asesinatos. Bastaba con verle la cara para darse cuenta de que la orgía de sangre y muerte que relataba lo estaba consumiendo, como si los mismos demonios, a los que otrora sirviera, lo hubiesen traicionado y le mostraran un infierno particular, acorde a sus hazañas, o, sencillamente, era la culpa que se ensañaba contra el espíritu del más malo. De todos los crímenes cometidos, dijo, escuche con atención este, porque es el crimen, o, mejor, una sumatoria de ellos, que me ha llegado a atormentar físicamente, y empezó: en el barrio donde me crié vivía una mujer bellísima de cerca de diecisiete años, por aquel entonces era la novia de Pedro, mi amigo de andadas. Lo cierto es que el gusto se trasmutó en pasión y, cuando esta llegó, me entregué a sus brazos como un niño buscando refugio. Esperé paciente mi oportunidad para ejecutar el plan que había urdido. La oportunidad se presentó un sábado en el que hacía un clima de locos y, para mi favor, se extendió una densa neblina por toda la ciudad. En este punto de la narración, se quedó sin aire, se tragó literalmente una buena bocanada de éste para continuar. La tan ansiada noche llegó y, diligentemente, me dirigí a la casa de Johanna a decirle que Pedro la esperaba en el fondo de la cancha a eso de las once. Johanna, que sabía de las andadas de su novio, no dudó de la veracidad de la información, sobre todo porque yo era amigo de Pedro. A Pedro le había dado, exactamente, la misma información pero con el sitio de reunión en otro lugar bien distante del barrio. Faltaba un cuarto para la hora señalada, cuando Johanna apareció, iba recién bañada y su aroma de animal virgen se apoderó de la atmósfera hasta llegar a confundir mis sentidos. Al verme a mí se sobresaltó, le dije que Pedro no tardaría en llegar, que estaba ahí simplemente para cuidarla y hacerle compañía mientras él llegaba. Entre tanto, me las arreglé para acercarme lo suficiente y sujetar su delicado cuello tan fuertemente, que ella comprendió en el acto lo que sucedía, no intentó gritar, sólo me miraba con esa horrible mirada con la que aún me observa. Así, con su vida pendiente de un apretón de mis manos, le

hice saber mi pasión; violándola, le decía que la amaba profundamente. Después de poseerla, la degollé con la navaja de Pedro. La policía no analizó el semen, todo el mundo dio por sentado la culpabilidad de Pedro. Él no tuvo otra opción que desaparecer y vivir por un buen tiempo en las sombras, hasta que apareció con la estúpida idea de vengarse. Me vi forzado a proceder, maté a Pedro y, no contento con ello, desmembré su cuerpo y lo deposité en una olla.

Al día siguiente, fui a la tienda de la madre de Pedro y, luego de saludarla y preguntarle por su hijo, mi amigo, me tomé unas cervezas y, al rato, le dije que don Joaquín, el papa de Johanna, le pedía el favor de guardarle esa carne en la nevera, que en la noche pasaba por ella. Le acerqué la olla, prudentemente sellada, le pagué y me despedí. Después de eso he andado por la vida dando rienda suelta a mi instinto. Años después, me enteré que doña Betti, la madre de Pedro, enloqueció al destapar la olla al otro día y ver a su hijo en pedazos.

Al terminar su relato, salió de mi celda rápidamente. De eso hace ya tres días y desde entonces no he dormido, tan solo me levanto con la esperanza y la fe puestas en que tales sucesos se aparten de mí y ya desquiciada. Por ello, con mayor convicción, le imploro al astro rey todos los días: "ordena, oh Señor, la miserable condición de mis dominios. Haz que el día trascurra lejos de las sombras amargas que ahora me agobian".

14 de junio de 2009

Samuel Castañeda Jaimes
Correo: diostoievski@gmail.com

Recibido: 21 de febrero 2018
Aprobado: 2 de mayo 2018